

Marx y Lenin: fragmentos del itinerario hacia la idea de *revolución proletaria*

Sergio Pérez Cortés*

Resumen

El presente trabajo busca rastrear la formación de la idea de *revolución*, primero a lo largo del desarrollo del movimiento obrero, y luego en las categorías de Marx y Lenin, respectivamente. La tesis central de este trabajo es que la idea de *revolución proletaria* se fue formando gradualmente, no sólo al hilo de las experiencias en el proceso de trabajo, sino también en las transformaciones conceptuales que intentaban dar forma teórica a los movimientos obreros. La desaparición de las condiciones políticas que dieron origen a la idea de *revolución* son aquellas que explican igualmente su gradual extinción en el pensamiento político contemporáneo.

Palabras clave: movimiento obrero, conciencia de clase, concepto, dictadura del proletariado, historia del marxismo

Abstract

This paper traces the idea of *revolution*, firstly in the development of the labor movement and secondly, in the categories created by Marx and Lenin. Its central thesis is that the idea of a *proletarian revolution* was gradually formed not only in the fabric of work experiences, but also in the conceptual transformations that tried to theorize over workers movements. The disappearance of the political conditions that spurned the idea of *revolution* is the same that explains its gradual vanishing from contemporary political thought.

Key words: labor movement, class consciousness, concept, dictatorship of the proletariat, history of Marxism



IZTAPALAPA

Agua sobre lajas

* Profesor-investigador del Departamento de Filosofía, Área de Filosofía de las Ciencias Sociales, de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa
spc0807@gmail.com

FECHA DE RECEPCIÓN 26/01/11, FECHA DE ACEPTACIÓN 29/11/11

IZTAPALAPA REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

NÚM. 71 • AÑO 32 • JULIO-DICIEMBRE DE 2011 • PP. 173-197

El periodo que va de la Comuna de París (1871) a la Revolución rusa (1917) fue testigo de intensas conmociones políticas y sociales en Occidente, especialmente en Europa. El propósito de este trabajo es describir el proceso de formación de la idea de *revolución* entre dos de los rebeldes europeos más notables de esa época: Marx y Lenin. Desde luego, no fueron los únicos revolucionarios del momento, pero su concepción, que perduró mucho tiempo y tuvo influencia generalizada, no resulta de un simple debate de ideas, sino que está enlazada a procesos sociales de largo alcance, en particular a la experiencia política de la clase proletaria, donde encontró lo que podríamos llamar sus “condiciones de posibilidad”. Una trama muy compleja relaciona la idea de revolución con las experiencias políticas, ya sean exitosas o fracasadas; y es en este marco donde se modela el vínculo con otras categorías como *sociedad sin clases* o *dictadura del proletariado*. Como cualquier otra, la idea de revolución no es un producto arbitrario del espíritu, sino una categoría que une la rebeldía latente con la insatisfacción y las expectativas de una sociedad. Nuestra intención es mostrar las *condiciones que impulsaron esa gran idea*, condiciones cuya desaparición explica que la idea de revolución se encuentre hoy tan decaída.

Un rasgo sobresaliente en la tradición iniciada por Marx es que la revolución, como transformación profunda de las relaciones políticas y económicas, se asocia a una clase social que actúa como sujeto: el trabajador industrial. Para Marx, la futura transformación tiene un agente activo entre todos los sujetos sociales posibles: la clase trabajadora industrial. En su impulso inicial, no se trató de un movimiento de todos los pobres, los marginales o los excluidos (aunque en su gran mayoría, los trabajadores se cuentan entre éstos), sino de la clase proletaria. A medida que esta clase se expandió y tuvo conciencia de sí misma, rechazando sus condiciones de existencia, la idea de revolución adquirió un contenido preciso. Como todo pensamiento humano, la idea de revolución no surgió completamente armada de las cabezas de esos hombres: sino que se fue constituyendo por la multiplicación de las experiencias promovidas por esa idea y sufridas por su causa. Es preciso, pues, seguir los pasos de la clase trabajadora industrial en

la manera en que pudo articular, hasta llegar a Marx y Lenin, las condiciones de su propia emancipación.

Desde el siglo XVII, el proletariado industrial fue una novedad, un nuevo agente en la escena social. Esta clase de trabajadores no podía identificarse ni con los esclavos antiguos ni con los siervos o artesanos medievales. Numerosos autores de los siglos inmediatamente posteriores (finales del XVIII e inicios del XIX) señalaron su aparición reciente, y la asociaron a la producción manufacturera e industrial; entre otros, Adam Smith¹ y G. W. F. Hegel, para quien, por ejemplo, el obrero moderno resulta de la fragmentación creciente del proceso de trabajo en la industria, lo que trae como consecuencia la dependencia y la miseria de la clase –Hegel usa el término *Klasse* y no el término *Stände*, “estamento”, porque la considera demasiado desamparada– (Hegel, 1999: §243). El proletariado industrial se encuentra en los límites mínimos de subsistencia o incluso no los alcanza; con frecuencia se confunde con la plebe (la cual no sólo es pobre, sino que carece del honor que significa ganarse la subsistencia con su trabajo) (Hegel, 1999: §245). Es la consecuencia inevitable del desorden egoísta de la sociedad civil: “se manifiesta aquí que en medio del exceso de riqueza la sociedad civil *no es lo suficientemente rica*, es decir, no posee bienes propios suficientes para impedir el exceso de pobreza y la formación de la plebe” (Hegel, 1999: §245). El asalariado industrial es un nuevo sujeto social, producto de la manufactura, por eso –escribe Hegel– su presencia es perceptible sobre todo en el país más industrializado del momento: Inglaterra.

Todos estos autores se inquietaban ante la amenaza visible de esta clase miserable. Hacia la década de 1850, en Inglaterra, la clase obrera representaba ya una cuarta parte de la población total concentrada en ese momento en las hilanderías y manufacturas del tejido, y más tarde en las industrias del carbón y del hierro (Palmade, 1981: 136). Su situación, extremadamente dura, había provocado el escrito de Engels que propiciaría su amistad con Marx: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. En el otro extremo de la industrialización se encontraba el resto de Europa, incluida la Alemania de Hegel: aquí el desarrollo de esa clase era considerablemente menor y se estima que alrededor de 1848 sólo un tercio de la población vivía en las ciudades, y menos de la tercera parte de los trabajadores no agrícolas tenía un empleo fabril, es decir no tradicional (Maguire, 1984: 62).

¹ En *La riqueza de las naciones*, Adam Smith escribe: “Un hombre que gasta la mayor parte de su vida en la ejecución de unas pocas operaciones muy sencillas, casi uniformes en sus efectos, no tiene ocasión de ejercitar su entendimiento o adiestrar su capacidad inventiva en la búsqueda de varios expedientes que sirvan para remover dificultades que nunca se presentan. Pierde así, naturalmente, el hábito de aquella potencia, y se hace todo lo estúpido e ignorante que puede ser una criatura humana” (Smith, 1994: 687).

Pero la idea de que la revolución sería proletaria no provenía sólo de su expansión demográfica. La formación de la conciencia de sí de la clase obrera está asociada más bien con el concepto central del modo de producción capitalista: la plusvalía. En Europa, la expansión y las características de dicha clase siguen los ritmos de la acumulación del capital a través de la extracción del plustrabajo. Como clase, el proletariado industrial se constituye en las diversas instancias del enfrentamiento entre el capital y el trabajo, y las posibilidades de imaginar su emancipación existen en concordancia con la forma de extracción y acumulación de plusvalor (Balibar, 1974: 145). Por eso, para comprender la expresión gradual de su autonomía política, incluida la idea de revolución, debemos remitirnos al menos a tres procesos históricos: las asociaciones que surgieron en el ámbito del trabajo; sus intentos de organización hasta fundar sus propios partidos políticos y, finalmente, su coordinación transnacional, en las asociaciones internacionales de trabajadores. En todos estos dominios, como veremos, su organización autónoma fue gradual, titubeante y de muy largo plazo.²

La primera enseñanza que recibieron los trabajadores para adquirir conciencia de sí fue que un trabajador aislado, individual, está completamente desamparado ante la dimensión de las fuerzas económicas y políticas que enfrenta. Aunque llevó un cierto tiempo, acabaron por comprender que la única solución era crear una asociación propia, una organización y una lucha de clase. Su primer frente de batalla fue el combate por la jornada laboral.³ En efecto, dado el nivel de desarrollo tecnológico, en los inicios de la industrialización la extracción de plustrabajo dependía en gran medida del alargamiento de la jornada laboral. El capitalista había adquirido la mercancía *fuerza de trabajo*, había pagado por su valor y se disponía, con todo derecho, a utilizarla, sólo que el legítimo derecho del capitalista a usar intensivamente tal mercancía se enfrentaba con el derecho legítimo del trabajador a no ver malgastada su fuerza de trabajo, su fuerza vital, su propia vida; derecho contra derecho, prevaleció la fuerza. Carente de defensa, el proletario debió sufrir las consecuencias: ávido de tiempo de trabajo, el capital probó desde su infancia que de autocontención no sabe nada:

Todas las barreras erigidas por las costumbres y la naturaleza, por la edad y el sexo, por el día y la noche, saltaron en pedazos. Hasta los conceptos del día y la noche, de rústica sencillez en las viejas ordenanzas se desdibujaron a tal punto que un juez inglés, todavía en 1860, tuvo que hacer gala de una sagacidad verdaderamente talmúdica

² Seguiremos en particular a la clase obrera en Francia, que no era la más representativa en el plano industrial pero que, a cambio, realizó la lucha de clases más radical.

³ A la jornada laboral dedica Marx el capítulo VIII del tomo I de *El capital*.

para explicar, con conocimiento de causa, qué era el día y qué la noche. El capital celebraba sus orgías (Marx, 1975: 335-336).

Puede afirmarse que, como clase, la clase obrera organizada fue un producto histórico no de sí misma, sino del capital.

El movimiento obrero en la primera mitad del siglo XIX

Si la organización de la resistencia contra la prolongación de la jornada laboral fue lenta y paulatina, lo fue también su preparación para enfrentar las enormes transformaciones sobrevenidas en el proceso de trabajo, es decir que el movimiento obrero no fue una consecuencia inmediata de la revolución industrial. La clase obrera europea requirió más de un siglo para crear organizaciones propias, militantes, propagandísticas, capaces de pensar y hablar, excitar o serenar las pasiones del momento. La primera mitad del siglo XIX encontró a los trabajadores enfrentando apenas la profunda alteración en los procesos de trabajo y la desaparición de los oficios tradicionales. Estallaron revueltas e insurrecciones (algunas muy violentas, como el movimiento ludista inglés del primer tercio del siglo), aunque demostraron ser esfuerzos que no conducían a nada. De cualquier modo, ésta fue la manera abrupta en que el proletariado hizo su primera aparición en la escena política, a la que no había sido invitado por nadie y donde no era bienvenido. A la clase obrera le esperaba un largo camino desde que, en 1791, la Asamblea Nacional Constituyente revolucionaria francesa votara de manera unánime la ley llamada *Le Chapelier*, que prohibía todas las coaliciones permanentes o temporales, las asociaciones y las huelgas. Dicha ley admitía las reuniones de ciudadanos de un mismo oficio, con la condición de que no se tomara ninguna decisión colectiva sobre sus “supuestos intereses comunes”: se buscaba impedir la reaparición de las antiguas corporaciones medievales ya suprimidas; era una exigencia proveniente de las fracciones políticas liberales que buscaban que la mano de obra fuese enteramente libre para venderse y ser comprada según las circunstancias del mercado. En general, los pensadores liberales de la época se oponían a cualquier legislación estatal que se interpusiera entre el obrero y su patrón (Stone, 1985: 9) La única consigna revolucionaria posible para el obrero era “libertad de trabajo”, una suerte de autoencadenamiento porque significaba abolir todos los cuerpos intermedios, manteniendo al individuo aislado ante el capital soberano.

Estas condiciones restrictivas y los límites de la conciencia colectiva configuraron las organizaciones de trabajadores de la primera mitad del siglo XIX: asociaciones fraternales, mutuales de trabajadores o sociedades de resistencia, cuyo objetivo era asistir a los compañeros desempleados o a los que sufrían las consecuencias de las crisis periódicas del capital. Asociaciones de defensa, más que de emancipación. Tales asociaciones no eran nuevas: desde finales del siglo XVIII y aun antes de la Revolución francesa de 1789 existieron sociedades mutuales conformadas sobre la base del oficio. Incluso incipientes, son los antecedentes de las futuras organizaciones: las cooperativas llevan en su interior, en potencia, a los sindicatos. Aunque no podían proponer una idea plena de *revolución*, resultaron importantes porque contribuyeron a la idea de *asociación obrera* y porque fueron fuente de innumerables ilusiones y fantasías: un gran número de obreros soñaba con trabajar en talleres que ellos mismos dirigirían, sin tener que subordinarse a la autoridad de un patrón: “el aislamiento del trabajador –se decía entonces– es dañino a los intereses de todos los obreros y la causa de la sumisión a las exigencias de los patrones” (Lefranc, 1975: 294).

Desde el punto de vista de su acción política, el proletariado ofrecía un aspecto menos apacible, pues recurría con frecuencia a la revuelta y al motín. En general se considera que la primera rebelión auténticamente obrera en Francia data de 1831: la insurrección de los hilanderos de la seda, los llamados *canuts*, quienes adoptaron por primera vez la bandera negra del anarquismo. Vencida y reprimida con violencia, tal experiencia contribuyó a dos cosas: primero a crear la idea de que una revolución no tenía que ser destructiva, sino que, por el contrario, sólo la revuelta social era propiamente constructiva. En segundo lugar dejó ver que, aún sin organización permanente, la clase obrera mostraba claros signos de impaciencia. Lo probó muy pronto, en 1848. En una escena memorable, ante el gobierno provisional burgués surgido de las jornadas que provocaron la caída de Louis Philippe, un obrero en armas irrumpió en la reunión y afirmó: “Ciudadanos, hace ya 24 horas que la revolución ha sido hecha. El pueblo aún espera resultados”. Fue convencido de que era demasiado pronto, por ello concedió una tregua: “El pueblo sabrá esperar; él dará tres meses de miseria al servicio de la República” (Lefranc, 1975: 296). Las insurrecciones en la década de 1830 y la Revolución de 1848 indican una mayor conciencia y autonomía de la clase proletaria europea: la consigna revolucionaria anterior “¡libertad de trabajo!” había sido sustituida por otras más radicales: “¡derecho al trabajo!”,⁴ “¡organización

⁴ El *derecho al trabajo*, escribe Engels en su introducción a *Las luchas de clases en Francia*, es la primera fórmula torpemente enunciada, en la que se resumen las reivindicaciones revolucionarias del

del trabajo”, y ya se postulaba la idea de la abolición de todas clases: “Es preciso –publicó el periódico obrero *Le Atelier* el 12 de mayo de 1848– que en un futuro próximo desaparezcan la categoría de los amos y la de obreros y que no se vea por todas partes más que trabajadores asociados” (cit. en Lefranc, 1975: 297). En contrapartida, la Revolución de 1848 extendió por toda Europa la idea de que ese nuevo rebelde político era el enterrador de la sociedad moderna: “Los bárbaros que amenazan nuestra sociedad no están ni en el Cáucaso, ni en las estepas tártaras: están en los vecindarios pobres de nuestras ciudades manufactureras” (cit. en Lefranc, 1975: 297).

La organización política de la clase obrera y la idea de revolución han seguido siempre un camino sinuoso, inseguro y con notables retrocesos. Así, la situación que siguió a la Revolución de 1848 significó una detención del movimiento socialista. Derrotado en las urnas y luego en las armas, el socialismo utópico y conciliador anterior a 1848 perdió credibilidad. Como consecuencia, algunos se convencieron de que los objetivos proletarios debían ser claramente más revolucionarios. La muestra es Karl Marx y su obra: en una serie de artículos publicados en la *Neue Frei Rheinische Zeitung-Revue* (que en 1895 fueron reunidos por Engels bajo el título colectivo de *Las luchas de clases en Francia*), Marx afirma que en lugar de “¡derecho al trabajo!” la consigna revolucionaria debía ser: “¡Abolición del proletariado y lucha de clases!”. Era necesario, según Marx, replantearse el carácter radical de las transformaciones que la revolución realizaría en el aparato del Estado: “La clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del estado tal y como está” (Marx, 1976b: 295). Apareció así por vez primera una idea asociada a la revolución, que tendrá una larga y controvertida historia: la dictadura del proletariado.

El movimiento socialista y la revolución después de 1848

Después de la represión de 1848, al menos en Francia el movimiento socialista quedó paralizado hasta el inicio de la década de 1860. Las organizaciones políticas de clase eran inexistentes y el obrero individual tampoco era actor en la vida política. Sin embargo, la década de 1850 en Europa, y a partir de 1867 en México, vio asociarse dos términos que, aunque eran más antiguos, se encontraron

proletariado; como lo señala Marx, “detrás del ‘derecho al trabajo’ está el poder sobre el capital y detrás del poder sobre el capital la apropiación de los medios de producción, su sumisión a la clase obrera asociada y por consiguiente la abolición tanto del trabajo asalariado como del capital y sus relaciones mutuas” (Engels, 1976: 676).

juntos en el vocabulario político: liberalismo y democracia. La democracia liberal postulada era sin duda acotada, primero, porque el derecho al voto estaba restringido en casi toda Europa a las clases poseedoras, y luego, porque ella no buscaba expresar ninguna "voluntad colectiva", sino sólo el interés "de los mejores de la nación". Desde el punto de vista del socialismo, las democracias liberales de la segunda mitad del siglo XIX tendían a asegurar el poder político burgués condenando definitivamente el acceso al poder por la vía violenta, pues la burguesía deseaba cerrar el capítulo de sus propias revoluciones (Palmade, 1981: 213). En estas condiciones políticas la clase obrera despertó a inicios de la década de 1860: en Francia, durante 1862-1863 las huelgas surgieron y se multiplicaron y, contando con la complacencia de Luis Bonaparte, la clase obrera obtuvo por fin el derecho de huelga en 1864.

Cabe señalar que en ese momento las ideas de socialismo y revolución que animaban al movimiento obrero europeo eran extremadamente diversas, pues nunca ha habido una única tradición obrera, sino múltiples tradiciones e ideas de transformación social. En el movimiento proletario coexistían residuos de las grandes construcciones imaginadas por Saint-Simon y Fourier con doctrinas más recientes, como la de Proudhon, Auguste Blanqui y corrientes anarquistas como las de Bakunin, lo mismo que socialismos más laboristas y pragmáticos. Cada tradición organizaba la resistencia y definía sus objetivos revolucionarios de manera autónoma. Según Proudhon, por ejemplo, el progreso de las sociedades humanas va de la jerarquía de las sociedades primitivas a la anarquía, porque un estado anárquico es la condición de existencia de las sociedades adultas. Otras variantes socialistas más "europeas", como el blanquismo, también jugaron un papel en la concepción de la idea de revolución. Blanqui era un sobreviviente del socialismo de la Segunda República de 1848, y gozaba de un enorme prestigio. Su socialismo de carácter práctico carecía de ataduras doctrinales, excepto la idea fija de transformar completamente el sistema social. No apreciaba el movimiento colectivista por considerar a la huelga "la única arma verdaderamente popular en la lucha contra el capital" (Labica, 1982: 101). El Estado se encontraba en el centro de las preocupaciones revolucionarias de Blanqui: pensaba que era indispensable acabar con todas las aristocracias parasitarias para construir una República, un Estado social, pero agregaba que, para pasar de aquel Estado gangrenado a un Estado sano se requerían remedios heroicos: la conquista del poder del Estado, la cual sólo podía ser obra de una minoría decidida. En 1868, Blanqui redactó su *Instrucción para una toma armada*, en la que afirma que lo esencial es organizarse "al precio que sea". El blanquismo pasó así a la historia como un socialismo del complot, cuyo objetivo era someter militarmente a la burguesía.

En 1870, al parecer sin la anuencia de Blanqui, sus seguidores intentaron lo que fue la última toma de armas para lograr un golpe de Estado. En síntesis, el socialismo ha debido batirse en el plano de las ideas antes de enfrentarse a su prueba real en la acción revolucionaria.

Al lado de estas posiciones tan divergentes se encontraba la doctrina de Marx, pero su influencia era aún muy reducida. Su pensamiento tuvo una influencia real en el socialismo francés hasta la tercera década del siglo XX (Hobsbawm, 1979: 79). El verdadero impulso en la organización política del proletariado europeo tuvo como origen una organización transnacional: la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), en la que Marx habría de ocupar un lugar destacado. La actitud de la AIT ante las demandas obreras hizo crecer su prestigio, al grado de convertirla en la organización europea más aborrecida. En el caso específico francés, la época de esplendor de la AIT puede situarse en torno a 1870, cuando una ola de huelgas (apoyadas, pero no promovidas por la AIT) conmovió al país (Bruhat, 1972: 402). El número real de afiliados franceses a la AIT es incierto, pero lo más relevante es que de esta afiliación surgió la idea de formar federaciones y cámaras obreras nacionales o regionales (noviembre de 1869, Cámara Federal de Sociedades Obreras; abril de 1870, Federación de Secciones Parisinas de la AIT) (Bruhat, 1972: 401). Algo similar sucedió en otros continentes: la creación de grandes organizaciones obreras nacionales proviene con frecuencia del “contagio” que suscitan otras experiencias internacionales. La existencia de un partido político obrero francés (y uno mexicano en nuestro caso) era, sin embargo, todavía una aspiración.

En 1871 se presenta la gran experiencia revolucionaria del proletariado del siglo XIX: la Comuna de París. Toda idea de revolución está guiada desde el inicio por ciertos principios más o menos explícitos, pero su significado definitivo sólo puede resultar de la experiencia política. La revolución es un banco de ensayo de las ideas porque los principios doctrinales deben confrontarse con las decisiones inmediatas que exige el ejercicio del poder. La revolución es la prueba del revolucionario. Para la autonomía ideológica del proletariado la Comuna fue el gran aprendizaje, el signo de que era capaz de tomar el poder y ejercer su hegemonía. El movimiento obrero formó su propia idea de revolución y dejó de tener la mirada puesta en las revoluciones burguesas de 1789 y 1848. Ya no era necesario vivir de revoluciones prestadas: la Comuna de París fue “la primera revolución en traje de obrero” (Haupt, 1978: 25). La manera en que esa experiencia fue interpretada y recordada quedó como patrimonio para el futuro de la revolución, lo cual modifica el panorama de las doctrinas y las ideas socialistas: unas pierden prestigio o fracasan del todo, otras se asientan en la tradición obrera y guían nuevos levantamientos revolucionarios.

Esto último sucedió con la doctrina de Marx. La suya no era desde luego la única interpretación existente de la revolución, pero fue la que, con la contribución decisiva de Lenin, acabó imponiéndose hasta dominar el movimiento obrero del siglo XX. Hacia 1871 Marx tenía elaborada en gran medida el primer tomo de *El Capital* y comprendía con precisión el papel que el Estado juega en la reproducción de las relaciones sociales del capitalismo. Aun así, sin la experiencia de la Comuna, la idea marxista de revolución no hubiese tenido el contenido que alcanzó. Las lecciones para el proletariado, aunque importantes, eran en cambio tentativas. Años antes, en su obra *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Marx había escrito:

Las revoluciones burguesas como las del siglo XVIII avanzan arrolladoras de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificios... En cambio, las revoluciones proletarias como las del siglo XIX se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado para comenzar de nuevo, se burlan consciente y cruelmente de las indecisiones y de la mezquindad de sus primeros intentos; parece que sólo derriban al adversario para que con nuevas fuerzas vuelva a levantarse más gigantesco ante ellas... (Marx, 1976a: 93).

A la distancia, el juicio de Marx parece certero: los resultados de la presunta hegemonía obrera fueron, y aún son, ambiguos.

La guerra civil en Francia, obra en la que Marx condensa esas lecciones revolucionarias, fue escrita en las semanas posteriores a los eventos de París. En ella, Marx analiza la situación provocada por la derrota de Francia, la caída de Luis Bonaparte y el estado de sitio que el ejército de Bismarck había impuesto a la ciudad. La Comuna de París no había robado el poder sino que lo había obtenido por la fuerza de las circunstancias, debido a la huida de la capital del gobierno provisional de Thiers y de la burguesía acaudalada, pero ahora debía responder a la situación con una organización propia. Debió combatir, pero no debió hacerlo contra el ejército prusiano invasor, sino contra su propio gobierno, obsesionado por desarmar al pueblo. La resistencia de la población de París duró unas ocho semanas, durante las cuales la Comuna enfrentó y ofreció respuesta a la mayoría de las cuestiones que dan significado a una revolución. Sobre la marcha, el proletariado debió aprender a ejercer el poder político y ofrecer su propia visión del mundo social mediante soluciones que no eran previsibles por ninguna teoría. En ese breve lapso, la Comuna hizo frente a todos los problemas que conlleva el ejercicio del poder: la naturaleza del Estado burgués, la forma de

gestión de la economía socialista, las relaciones entre socialismo y democracia, la expropiación de los expropiadores, el internacionalismo y el patriotismo, la espontaneidad de las masas y la organización de clase, y el periodo transitorio que surge luego de la revolución, entre muchos otros.

El contenido de la idea marxista de revolución ya estaba en la serie de respuestas aportadas a estas cuestiones. Entre todas ellas, dos nos parecen fundamentales: el proletariado como sujeto de la revolución y la naturaleza del Estado. En efecto, la resistencia fue organizada por el conjunto de habitantes de París, pero los miembros de la Comuna fueron, según Engels, casi todos obreros o representantes conocidos de los obreros. ¿Qué es lo que permite que sea el proletariado quien encabece y determine la dirección de la revolución? Primero, ante la ausencia de las clases dominantes, los proletarios de París “han comprendido que es un deber imperioso y un derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos tomando el poder” (Marx, 1976b: 295). Sencillo de expresar, pero significaba sacudirse la dependencia política e ideológica respecto a sus “superiores naturales”. En segundo lugar, y esto es crucial, el proletariado era la única clase capaz de iniciativa social –escribe Marx–, pues podía resolver *todos* los conflictos y los agravios que afectaban a las demás clases. Mediante un decreto del 16 de abril la Comuna había prorrogado por tres años el pago de las deudas y prohibido cobrar intereses sobre éstas; un alivio para la pequeña burguesía. En beneficio de los trabajadores, la Comuna prohibió el trabajo nocturno, abolió las multas sobre el salario que los patrones estaban facultados a aplicar y ordenó la apertura de todos los talleres y fábricas cerradas entonces por sus dueños. Finalmente, se decretó que los costos de la guerra (unos cinco mil millones de francos) no serían pagados con impuestos al campo, sino por aquellos culpables de la guerra misma. Sólo la Comuna era capaz de liberar a los pequeños campesinos de los problemas que los agobiaban. En breve, la clase obrera fue la vanguardia de la revolución porque era la única capaz de mostrar a todas las demás clases que las dificultades que los oprimían tenían como fuente única la dominación del capital: por tanto ella, que lo enfrentaba, era “la verdadera representación de todos los elementos sanos de la sociedad francesa y, por consiguiente, el auténtico gobierno nacional” (Marx, 1976b: 304).

De acuerdo con Marx, estas decisiones puntuales revelan una intención profunda; emancipando el trabajo, instintivamente la Comuna buscaba abolir la propiedad de los medios de producción, que convierte la labor de muchos en la riqueza de unos pocos: es la expropiación de los expropiadores. De este modo, el proletariado expresaba fines propios *a su revolución*, que no se debían a ninguna dependencia ideológica; articulaba su propia hegemonía, lo que le aseguraba

la dirección de la revolución. Ello significaba una profunda transformación de los cimientos económicos en que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, el fin de la dominación de una de ellas sobre las demás: “emancipando al trabajo, todo hombre se convierte en un trabajador... y el trabajo productivo deja de ser el atributo de una clase” (Marx, 1976b: 301). Las antiguas consignas revolucionarias “libertad de trabajo” y “organización del trabajo” quedaban atrás, y daban paso a la expresión radical de “abolición del proletariado”. El significado profundo de la revolución proletaria, aun sin ser siempre expresamente formulado, era la construcción de una sociedad sin clases y, eliminadas éstas, quedaba un único patrón: la libre asociación de los productores.

“Una sociedad sin clases”, el enunciado mismo supone un nuevo ejercicio del poder político y, por tanto, plantea el problema de su brazo ejecutivo: la naturaleza del Estado. ¿Es compatible el Estado burgués con el ejercicio del poder proletario? Marx sostiene que la lección revolucionaria fundamental de la Comuna es que “la clase obrera no puede limitarse a tomar posesión de la maquinaria del estado tal como está y servirse de ella para sus propios fines” (Marx, 1976b: 295). ¿Por qué? Porque el Estado, cualquier Estado, lo mismo en su forma monárquica que en su forma democrática, no es más que el instrumento de represión de una clase sobre otra. Como lo hizo la Comuna, el proletariado, que aspira a una sociedad sin clases oprimidas, tiene que amputar aquellas instituciones en las que descansa la opresión, ante todo el ejército permanente, brazo armado de la represión; luego la policía, es decir, esa trama extensa y difusa de vigilancia y represión; en tercer lugar, la Comuna debió abolir todos los cargos públicos, el funcionariado del Estado y el Parlamento. La Comuna realizó esta supresión con dos medidas: primero, hizo que todo funcionario público, burócrata, parlamentario o magistrado fuese electo de manera directa, responsable inmediato de su cargo y susceptible de ser removido en todo momento. Después, estableció que el pago para todo funcionario sería equivalente al salario de un obrero, y con ello acabó con la advenediza carrera hacia esos puestos. Éstos dejaron de ser herencia de los testaferros del gobierno y sus retoños. Por último, la Comuna se deshizo del yugo espiritual de la Iglesia decretando la separación de ésta y del Estado; la laicidad completa de la enseñanza (Marx, 1976b: 298).

Todas las instituciones abolidas tienen algo en común: son organismos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo, que naturalmente excluye al trabajador manual. Lo mismo que el Estado que representan, tales instituciones no son un mal inevitable; son un producto histórico del desarrollo de las relaciones capitalistas: “una fuerza pública organizada para la esclavitud social, de maquinaria de despotismo de clase” (Marx, 1976b: 295).

En su desarrollo, el Estado moderno fue profundizando esa división jerárquica del trabajo, por eso, para borrarla, la revolución debe asegurar a todos el acceso a la gestión pública, es decir, abolir el Estado e instaurar una “verdadera democracia”, lo que significa –dice Marx– el poder del pueblo sobre sí mismo, no sobre otra clase, democracia que es imposible en el régimen capitalista. Una sociedad sin clases explotadas y la abolición del Estado son para Marx repuestas nuevas a problemas inéditos: ellas precisan el objetivo de la revolución proletaria y, más que soluciones imaginarias, son decisiones tomadas para asegurar la supervivencia del poder proletario: “todas esas medidas no podían menos que expresar la línea de conducta de un gobierno del pueblo por el pueblo” (Marx, 1976b: 305).

Como el proletariado no puede servirse de la antigua maquinaria sino que debe instituir algo nuevo, se afirmó la necesidad de un periodo transitorio en el cual el trabajador impondría temporalmente su dominio sobre aquellas clases susceptibles de dar marcha atrás, en especial la burguesía. Marx lo llamó “la dictadura del proletariado”. Sin duda, el término es uno de los que ha provocado más reacciones adversas. Supone un Estado temporal en el que aún existe la dominación de una clase sobre otra, dominación ciertamente autoritaria,⁵ lo que significa que no se ha alcanzado la libertad política. Momento paradójico si se quiere, porque el Estado, aún presente, se orienta –dice Marx– hacia su propia desaparición.⁶

¿Estaba Europa preparada para tales lecciones? No. Si por un instante se dudó si lo que presenciaba era realidad o sólo sueños de un pasado remoto, su reacción posterior fue neta: “El viejo mundo –escribe Marx– se retorció en convulsiones de rabia...” (Marx, 1976b: 302). Tal reacción enseñó al trabajador que es el enemigo irreconciliable de la burguesía: la actitud del gobierno encabezado por Thiers, que prefirió pactar con el ejército enemigo con tal de aniquilar al trabajador armado, mostró que: “por sobre cualquier enemistad nacional, la clase dominante se une contra la clase del trabajo y no vacila en la traición más vil y en la complicidad más abyecta para aplastar a ese enemigo” (Marx, 1976b: 280). En síntesis, la revolución mostró que el antagonismo esencial de las sociedades modernas es el que enfrenta al capital y al trabajo. Ante ese enemigo común, la clase burguesa internacional es una, por eso el proletariado está también obligado a llevar su organización a nivel internacional.

⁵ Pues proviene de una revolución armada, es decir, escribe Engels, de la cosa más autoritaria que cabe imaginar.

⁶ Reservamos la categoría de *dictadura del proletariado* para examinarla con mayor atención en torno a Lenin.

A pesar de su derrota, piensa Marx, la Comuna probó que, después de un largo camino, el proletariado había alcanzado una completa conciencia del significado de su emancipación: la abolición de las clases, la extinción del Estado, el predominio del trabajo y la completa libertad política. Todo ello dependía de su capacidad de apropiarse del poder político. Hasta entonces, el socialismo se había conformado con buscar su emancipación a través de organizaciones de ayuda mutua, de defensa del trabajo, de asociación sindical, es decir, buscaba su salvación sin transformar el viejo mundo, esperando realizarla en sus intersticios, a espaldas de la propiedad privada “y por tanto, inevitablemente fracasaba” (Marx, 1976a: 101). Ahora aprendía que el asalto al cielo era posible. El contenido de la idea de revolución en Marx había quedado establecido, pero estaba lejos de ser dominante; sería necesario el aporte de Lenin y la revolución roja para que influyera en el movimiento socialista mundial y se convirtiera en el impulsor de las futuras revoluciones en Europa y en el mundo.

Lenin, la Segunda Internacional y la idea de revolución

El periodo que separa la Comuna de París de la Revolución de Octubre, de 1917, fue de gran actividad y cambios profundos para la clase trabajadora internacional. La razón es que el proceso de industrialización y urbanización se extendió con rapidez en toda Europa y América, lo que provocó en todas partes la disolución de las economías tradicionales y un profundo malestar en el campo, al mismo tiempo que un hacinamiento de nuevos proletarios pobres en las ciudades. Sin embargo, había una gran diferencia: en Europa los cambios económicos se manifestaron también en el plano político. La vida política europea, hasta entonces dominada por un puñado de notables quienes, por la corrupción o bajo formas clientelares, lograban controlar a los votantes potenciales, se alteró con la extensión universal de derecho de voto, obligando a los partidos políticos tradicionales a dotarse de ideología y programas precisos. Una serie de reformas promovidas por las democracias liberales de la época fueron concesiones importantes para la clase obrera: enseñanza primaria obligatoria, libertad de prensa, libertad sindical y muchas más. Adicionalmente, para la clase proletaria internacional la década de 1880 significó la aparición de los primeros partidos políticos: 1879-1882, Parti Ouvrier Français; 1879, Partido Socialista Obrero Español; 1882, Partito Operaio Italiano; 1885, Parti Ouvrier Belge.

Además de la creación de sus propios partidos de clase, la segunda gran novedad por parte del proletariado europeo fue la creación de la Segunda Internacional

de Trabajadores en 1889. La primera Asociación Internacional se había disuelto en 1872 en medio del conflicto entre Bakunin y Marx (su remanente, una Internacional llamada “anarquista” o “federalista”, había desaparecido en la segunda mitad de esa década). Hubo diversos intentos por construir una nueva Internacional desde 1888, pero las divisiones nacionales eran demasiado profundas. Empero, en el Congreso de 1889 realizado en París se creó la Segunda Internacional de Trabajadores, que estaba marcada por dos rasgos sobresalientes: primero, a diferencia de la AIT, ésta evitó crear en su interior estructuras centralizadas: sería una federación de partidos y grupos nacionales autónomos cuya acción estaría coordinada mediante un Congreso a realizarse cada tres años. El segundo rasgo sobresaliente era la gran diversidad de corrientes que la componían y, con ello, de vías de acción política y revolucionaria: en la Segunda Internacional cohabitaban, entre otros, sindicalistas (que deseaban un movimiento laborista, y no puramente político), anarquistas (que no proponían la acción política, sino los explosivos), proudhonistas (que se negaban a la participación política y deseaban más bien la formación de asociaciones obreras), posibilistas (quienes, como el grupo italiano, valoraban aún la vía pacífica para llegar al poder) y desde luego marxistas (que proponían la acción parlamentaria, pero acompañada de una sólida organización política partidista).

Los primeros congresos de la Segunda Internacional (París, 1889; Zurich, 1893; Londres, 1896) estuvieron dedicados en gran parte a dos cosas: separar la lucha política de la lucha sindical y enfrentar las corrientes que rehusaban la acción política parlamentaria. Por esta razón, la Segunda Internacional fue testigo de la influencia creciente del pensamiento de Marx, como resultado de la pugna interna contra la acción espontánea y el golpismo propio de los anarquistas, y contra el rechazo a la acción parlamentaria, característica de los sindicalistas. Organizada en partidos, la clase del trabajo aspiraba al poder. La Segunda Internacional se consideraba la depositaria de la mejor tradición revolucionaria de la clase obrera, que ahora integraba a la acción legislativa y parlamentaria como uno de los medios necesarios para llegar a ese fin (Cole, 1974: 47). La diferencia mayor entre los congresos iniciales (hasta 1900) y los siguientes es que estos últimos fueron dominados por dos problemas que se agudizaban: un creciente imperialismo y la amenaza de la guerra. Ambos estaban vinculados estrechamente. En efecto, el viejo imperialismo europeo de los siglos XVI y XVII se había extinguido de manera paulatina. Hacia la década de 1860 los imperios coloniales eran más pequeños de lo que habían sido desde principios del siglo XVII: quedaban pocos restos en América, la colonización de África apenas comenzaba y enormes territorios asiáticos no habían estado realmente nunca bajo la

dominación europea. Pero a partir de 1880 se desató una expansión vertiginosa que precipitó la Primera Guerra Mundial. He aquí un dato revelador: en 1800 la proporción de la superficie terrestre ocupada por los europeos, sea por el control directo o por la posesión de antiguas colonias, era de 35%; hacia 1888 era ya de 67% y para 1914 alcanzaba 84% (Fieldhouse, 1978: 7).

Con frecuencia, la idea de revolución ha estado asociada a un estado de guerra, porque la crisis y el debilitamiento de las estructuras políticas y económicas, aunados al sufrimiento social que la destrucción trae consigo, exacerbaban al extremo la insatisfacción interna de la sociedad. La Primera Guerra Mundial creó las condiciones de la experiencia revolucionaria más importante del siglo XX en Europa: la Revolución de Octubre, de 1917, cuyo dirigente principal fue a su vez el revolucionario más notable de ese siglo: Vladímir Ilich Uliánov, Lenin. La Gran Guerra fue además el banco de prueba del naciente socialismo revolucionario, sobre todo en sus fracasos. Ella probó que la idea de "revolución socialista" supone compromisos personales e históricos, éticos y políticos de gran envergadura, difíciles de cumplir, aun por parte de hombres y mujeres ardientemente convencidos.

La amenaza de la guerra para decidir por la fuerza a cuál nación correspondía el botín era el acompañante del imperialismo. ¿Qué haría la Segunda Internacional ante ello? Ésta percibió el riesgo con antelación y debatió las medidas que debía oponer a la guerra: oposición parlamentaria, huelga general o al menos huelga en aquellos ramos que participan directamente en la industria militar. La Internacional no carecía de lineamientos revolucionarios para intentar oponerse al conflicto: en los congresos de Copenhague (1910), Basilea (1912) y luego en la reunión de emergencia del 14 y 15 de julio de 1914, pocos días antes del estallido, los representantes obreros reafirmaron el acuerdo suscrito en 1903 en Stuttgart, que decía:

Si existe la amenaza de que la guerra estalle, es obligación de la clase trabajadora de los países y estados, y obligación de sus representantes parlamentarios... hacer toda clase de esfuerzos para evitarla por todos los medios que parezcan apropiados, medios que naturalmente variarán con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y a la situación política general. En el caso de que a pesar de ello estalle la guerra, es su obligación intervenir a fin de ponerle término en seguida y, con toda su fuerza, aprovechar la crisis económica y política creada para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista (Cole, 1974: 78).

La guerra iba a ser la prueba crucial y permitiría una separación dentro del movimiento socialista, difícil de establecer hasta ese momento, entre los

revolucionarios y los reformistas, entre comunistas y socialistas. Como se sabe, la Internacional hizo muy poco para impedir el inicio de la Gran Guerra y con ello precipitó su fracaso. Todos los partidos socialdemócratas que contaban con representación parlamentaria votaron los créditos de guerra necesarios. Aun el Partido Socialdemócrata Alemán, el más prestigioso, se unió de manera unánime a esa corriente de social patriotismo.⁷ La declaración arriba citada, elaborada por Rosa Luxemburgo y Lenin en 1903, iba mucho más allá de lo que los partidos eran capaces y estaban dispuestos a hacer: los principios revolucionarios se habían reducido a meras amenazas verbales. Naturalmente el fracaso de los partidos socialdemócratas no se gestó en 1914 sino mucho antes, a medida que cada uno de ellos se incrustaba legalmente en los parlamentos, progresaba en la vía electoral y veía constituirse en su interior las tendencias que serían llamadas “colaboracionistas” con los gobiernos burgueses y “reformistas” respecto a las ideas de Marx (Cole, 1974: 81). En los partidos, las medidas para oponerse a la guerra eran apenas mencionadas o abiertamente rechazadas, y salvo unos pocos nadie creyó seriamente en el apartado que exigía aprovechar la guerra para preparar la insurrección. Los partidos de los trabajadores no estaban listos para hacer la revolución a pesar de sus propias declaraciones, porque la idea de revolución arredra hasta a los más valerosos. Esta experiencia marcaría de manera permanente la idea revolucionaria que, bajo el nombre de Marx, perduraría en el siglo XX.

Este marco general es esencial para comprender la idea de revolución elaborada por Lenin, un revolucionario cuyo hermano había sido sentenciado a muerte por su participación en un complot destinado a asesinar al zar, quien cita con frecuencia a Marx y Engels como guía en la experiencia revolucionaria, aunque debió añadir su propias y nuevas concepciones al hilo de los acontecimientos. Esto se debe a que no existe una “teoría de la revolución” como elaboración meramente imaginativa, pues su concepción se desenvuelve en medio de circunstancias irrepetibles. Entre todas sus aportaciones a la experiencia revolucionaria, tres cuestiones nos parecen esenciales: el momento de la insurrección, la clase revolucionaria y su organización, y los objetivos del movimiento.

Lo primero que conviene tener presente es que, para Lenin, la revolución no es el equivalente de un complot, ni de un golpe de Estado, sino que resulta de

⁷ “Esto no significa que todos ellos estuvieran de acuerdo: en la reunión interna del partido, de 111 diputados socialistas 14 votaron en contra de los créditos. Pero la minoría, a cuyo frente estaba el jefe del partido, Haase, se sometió a la disciplina. Y correspondió a Haase, cuya dimisión no fue aceptada, pronunciar el discurso oficial a favor de la política a la que personalmente estaba opuesto. Incluso Karl Liebknecht, quien muy pronto habría de abandonar la disciplina del partido, cedió a ésta en aquella ocasión” (Cole, 1974: 101).

una alianza temporal y estratégica de muchas clases sociales. Una revolución es la aceptación colectiva, activa o tácita, de la necesidad de un cambio radical. Desde 1889, en su obra *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Lenin había sostenido que para presentarse una revolución debe existir el impulso de masas de la población justo en el mismo momento en que la clase burguesa es ya incapaz de gobernar y otros fragmentos de la población o bien son pasivamente favorables o al menos no ofrecerán una resistencia activa:

La insurrección no debe apoyarse en un complot, sino en la clase que en ese momento esté en la vanguardia. Este es el primer punto. La insurrección debe apoyarse en el impulso revolucionario de las masas. He ahí el segundo punto. La insurrección debe actuar en un momento ascendente en que la actividad de esa vanguardia sea la más fuerte, en que las vacilaciones del enemigo son igualmente más fuertes y en que son más débiles e indecisas las actividades de los enemigos de la revolución. Este es el tercer punto. Estas son las condiciones que distinguen al marxismo del blanquismo en la cuestión de la insurrección (Lenin, 1974a: 421).

En segundo lugar, esta alianza temporal y contingente de las clases sociales debe ser promovida por la actividad de un partido preparado para responder a esa situación excepcional. La revolución proletaria no es movimiento espontáneo de masas: tiene un sujeto consciente de sí como su guía, y ésta es una diferencia muy notable respecto a las revoluciones previas. Lenin hace frente aquí a un problema que en Marx no se planteaba: ¿qué clase de organización debe adoptar el partido obrero revolucionario? Desde la perspectiva de Lenin, el Partido Socialdemócrata (sólo a partir de 1912 será llamado bolchevique) tiene dos tareas: una es contribuir al advenimiento de esa coyuntura educando a la clase obrera y mostrando a las demás clases (pequeña burguesía, campesinado pobre, artesanos) que aquélla es la única capaz de resolver los dilemas en que éstos se debaten. En efecto, es una constante del pensamiento de Lenin que, librada a sí misma, la clase trabajadora no puede elaborar una ideología independiente. Al proletariado, la conciencia política no puede serle aportada sino desde el exterior (como lo prueba el caso del mismo Marx), mediante la acción de su partido político. Su movimiento espontáneo sólo puede estar subordinado a la ideología burguesa “por la simple razón de que cronológicamente la ideología burguesa es mucho más antigua que la ideología socialista, que ella está más ampliamente elaborada y posee infinitamente más medios de difusión” (Lenin, 1974a: 393). En su acción cotidiana el partido debe ser siempre el primero en denunciar y resolver todas las cuestiones democráticas de orden general que afecten a cualquier grupo social,

en cualquier plano de la vida: político, económico o cultural. Sólo de este modo puede asegurarse que, llegado el momento de la insurrección, podrá expresarse a todos, o al menos asegurarse cierta neutralidad de los reticentes, en la alianza decisiva: “la revolución es una alianza de clases, de miles y miles de inconformidades, de rechazos, de agravios, y al partido le corresponde concentrar todas esas pequeñas gotas y los pequeños chorros de efervescencia... para formar un único torrente gigantesco” (Lenin, 1974a: 449). Este carácter de alianza de clases populares es uno de los rasgos que la Revolución mexicana intentaría asimilar desde el punto de vista ideológico.

Lenin sostuvo siempre que un partido capaz de aportar conciencia al proletariado y contribuir, acechar y aprovechar la coyuntura debía estar constituido por revolucionarios profesionales: hombres y mujeres entregados en cuerpo y alma a la revolución, pagados con el dinero del partido, aptos para cambiar de residencia, pasar a la clandestinidad y adoptar cualquier forma de acción; dispuestos a enfrentar la represión, el exilio y la muerte. Tal organización, sujeta a una disciplina muy estricta, no podía ser amplia y era preciso que fuese lo más clandestina posible.⁸ Se trataba de una concepción inédita de partido obrero, la cual provocó profundas divergencias entre Lenin y revolucionarios tan comprometidos como Rosa Luxemburgo o León Trotsky. No sería posible narrar aquí la manera en que Lenin formó y se mantuvo al frente de tal organización política; baste señalar que a partir de 1912 (fecha de la ruptura con los mencheviques provocada a propósito de la acción revolucionaria) existió el llamado Partido Bolchevique.

La acción revolucionaria tiene entonces para Lenin dos aspectos: la vida parlamentaria, que incluye la propaganda abierta de educación de masas, y un grupo clandestino capaz de fijar el inicio y encabezar la insurrección, pues es seguro que la burguesía no va a asistir pacíficamente a su supresión. Según Lenin, la insurrección puede ser más o menos violenta, pero es inevitable “porque en el fondo es la respuesta más enérgica, la más racional hecha por el pueblo entero al gobierno” (Lenin, 1974a: 530).⁹ Ella requiere de una organización profesional,

⁸ Lenin llamaba *centralismo democrático* a esa jerarquía y disciplina estrictas dentro del partido. Hay en ello sin duda aspectos de conspiración que estremecen: “para deshacerse de un miembro indigno, una organización de revolucionarios verdaderos no retrocederá ante ningún medio” (Lenin, 1974a: 493).

⁹ En su obra *¿Qué hacer?*, Lenin cita constantemente al último Engels. En efecto, Engels sobrevivió 12 años a Marx y había escrito su libro *Anti-Dühring*, el cual se había convertido en una suerte de “enciclopedia marxista” de la época. La opinión de Engels había sido muy influyente en la participación parlamentaria de los partidos obreros, especialmente a través del Partido Socialdemócrata Alemán. Engels estimaba que la vía parlamentaria de acceso al poder era posible pero que el proletariado no podía renunciar, por principio, a la vía revolucionaria-violenta (Negt, 1979: 138).

probada en la represión, porque la revolución no se gana en una sola batalla decisiva, sino en una serie de estallidos en los que triunfará aquel que logre capturar las aspiraciones de la mayor parte de las clases sociales: “La revolución será una sucesión de explosiones más o menos violentas, que se alternan con periodos de calma más o menos profunda” (Lenin, 1974a: 528).

La idea de una revolución que concluyera con la toma durable del poder por parte de los trabajadores rusos se fue gestando muy gradualmente en el pensamiento de Lenin. A inicios de 1917, él no creía que un poder proletario llegado al gobierno pudiera mantenerse: “Nosotros los viejos –escribió– no veremos los combates decisivos de esta revolución futura” (cit. en Portal, 1972: 439). Todavía en marzo de 1917, en el umbral de la abdicación del zar, escribió: “no podemos derrocar de un solo golpe a este gobierno e incluso si pudiésemos (los límites de lo posible se ensanchan mil veces en el tiempo de la revolución) no podríamos conservar el poder sin oponer a la admirable organización de la burguesía una organización igualmente admirable, lo que supone ‘prodigios’” (Lenin, 1974f: 351). La tesis de Marx de que una revolución encabezada por la burguesía era un preámbulo indispensable a la revolución proletaria era un credo entre la socialdemocracia rusa, Lenin incluido, de modo que resultaba difícil imaginar una revolución obrera sin dicho tránsito.¹⁰

Pero la revolución comprime en días, o semanas, lo que la sociedad ha acumulado a lo largo del tiempo. La catástrofe humana en pérdida de vidas provocada por la guerra en Rusia, la enorme ola de huelgas que le siguió, las vacilaciones de los mencheviques en torno a la cuestión de la paz, todo ello planteó cada vez con más premura la cuestión de la revolución proletaria posible. Desde la Comuna de París no se había presentado de nuevo la posibilidad de que el proletariado ejerciera realmente su hegemonía y, por tanto, determinar el objetivo de la idea de revolución se tornaba urgente. Lenin escribió una obra para responder a ello, *El estado y la revolución* (que finalmente quedaría inconclusa por el estallido de la revolución misma).¹¹ De ella sólo retendremos dos elementos: la necesaria abolición del Estado y la *dictadura del proletariado*. En efecto, Lenin comparte todas las tesis de Marx acerca de la necesaria abolición de los aparatos del Estado: éste debe desaparecer porque todo Estado, sin excepción, “es un poder especial de represión” dirigido contra las clases subalternas; en consecuencia, “ningún estado es libre, ni popular” (Lenin, 1974e: 431). La cuestión esencial

¹⁰ De ahí proviene la elaboración de la célebre tesis que veía a Rusia como “el eslabón más débil del capitalismo” y, por tanto, susceptible de una revolución directamente proletaria.

¹¹ Después de realizada la revolución, Lenin agregó unas últimas líneas a la obra: “es más agradable y útil hacer la experiencia de la revolución que escribirla” (Lenin, 1974e: 442).

en torno a la cual gira la revolución proletaria es ¿quién ejerce el poder político y con qué objetivo?: “La revolución no debe concluir con que una nueva clase gobierne con la ayuda de la vieja maquinaria del estado, sino en esto: que después de haberla roto, este gobierno mande con ayuda de una maquinaria nueva” (Lenin, 1974e: 525). Esta “nueva maquinaria” consiste en la participación directa de la inmensa mayoría en todos los asuntos de la gestión pública: así, el pueblo en armas sustituirá al ejército y estas milicias populares (cuya manifestación inmediata son los *soviets*) “deberán asegurar el orden, vigilar la salud pública y combatir la crisis económica con el servicio obligatorio del trabajo” (Lenin, 1974e: 439), es decir sustituirán las viejas instituciones gubernamentales. Desde luego, afirma Lenin, esto es inimaginable en las condiciones capitalistas. En el capitalismo, el proletariado es la encarnación del trabajo enajenado. Sólo la desaparición del trabajo asalariado le permitirá renacer para la vida pública. La condición para lograrlo es que una nueva forma de producción eleve gradualmente el nivel de vida y coloque “a la población en condiciones que permitirán a todos sin excepción, llenar las funciones públicas” (Lenin, 1974e: 528), borrando así la jerarquía entre trabajo manual y trabajo intelectual en la que descansa la gestión del Estado. El poder ejercido por el trabajo libre asociado permitirá con el tiempo ondear el verdadero estandarte del comunismo: “de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades” (Lenin, 1974e: 506). Con Lenin, el largo trayecto de la clase obrera hacia su propia emancipación parecía encontrar su meta. Esta idea, según la cual una vez resuelta la contradicción que opone capital y trabajo se cancelan las formas restantes de opresión, tuvo sin duda repercusiones importantes en la imagen que las revoluciones del siglo XX se harían de sí mismas.

Mientras tanto, lo inmediato exigía un *Estado intermedio*, que Lenin, siguiendo a Marx, llama “la dictadura del proletariado”, ese fantasma de la revolución comunista. De esta “dictadura” conviene destacar dos principios políticos referidos a la libertad y al Estado: primero, es un Estado transitorio en el que la libertad completa no se ha alcanzado aún. La revolución proletaria tiene como objetivo final una sociedad sin clases dominadas, pero en la dictadura del proletariado la burguesía sufre la represión: “este estado de transición no es desde luego el socialismo, ni incluso la dictadura del proletariado, sino ‘la dictadura revolucionaria democrática del proletariado y campesinado pobre’” (Lenin, 1974e: 439). La libertad no existe mientras haya opresión, aunque ésta se justifique por la necesidad de vencer la resistencia de los antiguos opresores y crear las condiciones de una economía socialista. En segundo lugar, en este momento, aunque se ha suprimido la propiedad privada de los medios de producción, aún reina la desigualdad (que el derecho burgués oculta bajo la igualdad jurídica “formal”),

porque cada uno recibe de acuerdo al trabajo social que ha aportado, ignorando la diferencia real existente entre las diferentes personas: “el estado ya no protege a los propietarios de los medios de producción, pero aún no se acaba, porque continúa protegiendo el ‘derecho burgués’ que consagra la desigualdad de hecho” (Lenin, 1974e: 506). Puesto que todavía no existe la libertad y prevalece la desigualdad, la “dictadura del proletariado” tiene más rasgos del pasado que del futuro: “de ahí se sigue que en la primera fase del régimen comunista subsisten durante un tiempo no solamente el derecho burgués, sino también el estado burgués, sin burguesía” (Lenin, 1974e: 509).

De ello deriva la expresión paradójica contenida en la idea de revolución comunista de que el momento de alcanzar la verdadera libertad es simultáneamente el momento en que el Estado se extingue: “mientras exista el estado no habrá libertad; cuando llegue la libertad, ya no habrá estado” (Lenin, 1974e: 509). De acuerdo con Lenin, la verdadera libertad no puede llamarse “democracia” porque la democracia, aun la más republicana, es la opresión de unos por otros. De modo que el primer acto del Estado como *representante real de todos* sería su último acto como Estado; sin la opresión, él se vuelve superfluo: “una democracia rigurosamente consecuente es irrealizable en régimen capitalista y en el régimen socialista tal democracia terminará por extinguirse” (Lenin, 1974e: 489). Una vez que el gobierno de las personas ceda su lugar al gobierno de las cosas “la democracia se extinguirá porque ya no habrá clase a la cual reprimir” (Lenin, 1974e: 511). La desaparición del Estado es pues indicativa de que se habrá llegado a una sociedad sin clases, a la abolición de todas las diferencias sociales; una hegemonía del productor en el que reinará la asociación de trabajadores libres. Para Lenin, y esto lo asociará para siempre a Marx, sólo en ese momento la humanidad habrá franqueado un nuevo paso histórico. Dentro de esta tradición, la categoría de revolución había adquirido su forma definitiva.

Con el triunfo de la rebelión de octubre, la idea de revolución formulada por Marx, Engels y Lenin se impuso como paradigma a una gran parte de los movimientos insurreccionales del siglo xx. Su influencia fue tan extensa que incluso una revolución que le antecedió, la mexicana, debió ajustar imaginariamente su existencia a ese ideal de reivindicación del trabajo y de alianza de clases populares (Guerra, 1991: 336). Todo ello descansaba en esta serie de experiencias vinculadas a la emergencia de la clase proletaria y a su emancipación política. La idea de revolución no surgió de la espontaneidad del entendimiento, sino como una elaboración conceptual asociada a una cierta aprehensión de la vida efectiva. La categoría de *revolución socialista* no ha sido, pues, una ilusión de rebeldes trasnochados, sino una aspiración objetiva, una visión del mundo nueva, resultado

de profundas conmociones históricas y económicas. Sin embargo, una gran cantidad de las condiciones que animaron esa idea de revolución ya no están presentes. La principal es que la hegemonía política que el proletariado industrial debía haber ejercido no se realizó nunca, incluyendo la Revolución de Octubre, que se realizó en su nombre. El mundo del trabajo ha perdido presencia política y no parece capaz de llenar el papel que le había sido asignado. Las promesas revolucionarias no se cumplieron y, en consecuencia, la idea de revolución languidece o se malbarata en discursos ideológicos vacíos. No es que su adversario, el capitalismo, haya desarrollado buenas maneras: tiene sumida a una quinta parte de la población mundial en la pobreza extrema y aun en estos días estamos asistiendo a sus orgías financieras, pero por ahora éste no tiene un adversario real. Por el momento no somos capaces de imaginar otro futuro que la sociedad capitalista actual liberada, mediante la categoría de “justicia”, de sus taras más graves. De cualquier modo, sin duda una transformación paulatina está en marcha y, mientras tanto, no podemos sino anhelar un mejor futuro.

Bibliografía

Balibar, Étienne

1974 “Plusvalue et classes sociales”, en Étienne Balibar, *Cinq études de matérialisme historique*, François Maspero, París, pp. 103-192.

1982 “Bakouninisme”, en Georges Labica y Gérard Bensussan, *Dictionnaire critique du marxisme*, Presses Universitaires de France (PUF), París, pp. 85-91.

Bruhat, Jean

1972 “Le socialisme français de 1815 à 1848”, en Jacques Droz, *Histoire générale du socialisme*, vol. I, PUF, París, pp. 331-406.

Carr, Edward Hallett

1961 *Michael Bakunin*, Vintage Book, Vancouver.

1973 *La revolución bolchevique (1917-1923)*, Soledad Ortega (trad.), Alianza Editorial, Madrid.

Cartelier, Lysiane

1982 “Internationale(s)”, en Georges Labica y Gérard Bensussan, *Dictionnaire critique du marxisme*, PUF, París, pp. 473-479.

Cole, George Douglas Howard

1974 *Historia del pensamiento socialista*, vols. III y IV. *La Segunda Internacional*, Rubén Landa y Enrique González P. (trads.), Fondo de Cultura Económica (FCE), México.

Engels, Friedrich

- 1976 “Introducción a la obra de C. Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*”, en C. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, t. I, Editorial Progreso, Moscú, pp. 190-208.

Fieldhouse, David

- 1978 *Economía e Imperio. La expansión de Europa, 1830-1914*, Juan A. Ruiz (trad.), Siglo XXI Editores, México.

Haupt, Georges

- 1978 *L'internazionale socialista dalla Comune a Lenin*, Giulio Einaudi Editore, Turín.

Hegel, G. W. F.

- 1999 *Principios de la Filosofía del Derecho*, trad. Juan Luis Verma, Edhasa, Madrid.

Hobsbawm, Eric

- 1979 “La cultura europea e il marxismo tra Otto e Novecento”, en Eric Hobsbawm et al., *Storia del marxismo*, vol. II, *Il marxismo nell'età della seconda Internazionale*, Giulio Einaudi Editore, Turín, pp. 62-109.

Kriegel, Annie

- 1982a “La 2ème Internationale 1889-1914”, en Jacques Droz, *Histoire générale du socialisme*, vol. II, PUF, París, pp. 555-584.

- 1982b “L'association Internationale des Travailleurs (1864-1876)”, en Jacques Droz, *Histoire générale du socialisme*, vol. I, PUF, París, pp. 603-634.

Labica, Georges

- 1982 “Lanquisme”, en Georges Labica (ed.), *Dictionnaire critique du Marxisme*, PUF, París, pp. 101-102.

Lefranc, Georges

- 1975 *Histoire du travail et des travailleurs*, Flammarion, París.

Lenin, Vladímir Ilich

- 1974a ¿Qué hacer?, en *Oeuvres*, vol. 5, Éditions Sociales, París, pp. 355-545.

- 1974b ¿Por dónde comenzar?, en *Oeuvres*, vol. 5, Éditions Sociales, París, pp. 9-20.

- 1974c *Tesis de abril. Las tareas del proletariado*, en *Oeuvres*, vol. 24, Éditions Sociales, París, pp. 9-16.

- 1974d “Las dos tácticas”, “¿Debemos organizar la revolución?”, en *Oeuvres*, vol. 8, Éditions Sociales, París, pp. 144-153, 163-172.

- 1974e *El estado y la revolución*, en *Oeuvres*, vol. 25, Éditions Sociales, París, pp. 413-531.

- 1974f “Cartas desde lejos, carta núm. 3, De las milicias proletarias”, en *Oeuvres*, vol. 23, Éditions Sociales, París, pp. 325-371.

Maguire, John M.

- 1984 *Marx y su teoría de la política*, trad. E. L. Suárez, FCE, México.

Marx, Karl

- 1975 *El capital*, vol. I, tomo I, Pedro Scaron (trad.), Siglo XXI Editores, México.
- 1976a *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, pp. 93-180.
- 1976b *La guerra civil en Francia*, en *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, pp. 251-322.
- 1976c *Salario, precio y ganancia*, en *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, pp. 186-232.

Negt, Oskar

- 1979 “Il marxismo e la teoria della rivoluzione nell’ultimo Engels”, en Eric Hobsbawm et al., *Storia del marxismo*, vol. I, Giulio Einaudi Editore, Turín, pp. 110-139.

Palmade, Guy

- 1981 *La época de la burguesía*, Siglo XXI Editores, México.

Portal, Roger

- 1974 “Le socialisme russe jusqu’à la révolution de 1917”, en Jacques Droz (ed.), *Histoire générale du socialisme*, vol. II, PUF, París, pp. 401-446.

Réberieux, Madelaine

- 1979 “Il dibattito sulla guerra”, en Eric Hobsbawm et al., *Storia del marxismo*, vol. II, Giulio Einaudi Editore, Turín, pp. 897-936.
- 1982 “Le socialisme français de 1871 à 1914”, en Jacques Droz, *Histoire Générale du socialisme*, vol. II, PUF, París, pp. 133-236.

Smith, Adam

- 1994 *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, trad. Gabriel Franco, FCE, México.

Stone, Norman

- 1985 *La Europa transformada 1878-1919*, María Carmen Ruiz de Elvira (trad.), Siglo XXI Editores, México.

